

Esencia de héroe

Raquel

Image not found.

Capítulo 1

Copyright © 2015 Raquel Antolín.

Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

No hay que empuñar un arma para ser un asesino.

Hace poco leí sobre el suicidio de una niña. Tenía trece años, y decidió poner fin a su vida porque estaba siendo acosada. Bullying, lo llaman. Una palabra tan odiosa que ni siquiera está traducida al castellano, porque preferiríamos que no existiera.

Su padre la enterró vestida de blanco, como a una novia. Una niña que ya jamás volvería a tener en sus brazos, a la que no pudo proteger.

A esa niña le robaron su vida, le robaron sus sueños. Ya nunca se graduará, no sabrá lo que se siente el primer día de trabajo, ni al conducir. No experimentará el primer beso, ni se casará, ni tendrá hijos.

Alguien la asesinó con sus palabras.

¿Es posible apreciar la belleza en el mundo cuando todos se quedan mirando al oírte gritar? ¿Por qué no somos capaces de dar un paso al frente y dar la cara ante las injusticias que surgen delante de nuestras narices? Lo he oído millones de veces. No existe la gente rara, no hay que temer sentirse diferente. Ser igual que todos, es lo verdaderamente aterrador. No tener una opinión, no saber valorar la vida que más debemos proteger, la única que somos capaces de salvar: La nuestra.

Pero hay días en los que nuestro cielo se vuelve gris, donde la gente que más nos quiere no tienen bellas palabras que dedicarnos, y nos sentimos cansados, con ganas de tirar la toalla.

En esos días, necesitamos que alguien o algo nos recuerde que todos nacimos con una razón de ser, y que nuestra vida vale lo mismo que cualquier otra.

Que no estamos solos. Que las cosas mejorarán.

Unas pocas palabras cargadas de crueldad, pueden quitar vidas.

Unas pocas cargadas de bondad, pueden salvarlas. .

CAPÍTULO 1

Esa gente era auténtica. No se escondían detrás de un disfraz, no buscaban aparentar nada. Cada uno estaba en su propio universo paralelo; uno leía el periódico, otro hablaba por el móvil, el tercero fumaba con la mirada fija en el vacío... se mostraban despreocupados y tranquilos, como si allí fuesen capaces de olvidar todo lo que sucedía en el mundo real, en sus vidas, fuera de ese bar.

Justo lo que Sean buscaba; olvidar.

Su vida se había vuelto un completo desastre en las últimas semanas, una caída en picado de la que ya jamás se recuperaría. No sólo le habían diagnosticado un problema en el corazón que le impediría seguir dedicándose a lo que, más que un trabajo, era su pasión desde pequeño. Además, su madre había tenido una recaída y llevaba varios días ingresada en el hospital. Los médicos no sabían cuanto tiempo darle, pero era evidente que el tumor se la estaba llevando.

Estaba solo y perdido, sin trabajo y sin ilusiones. Era como si todo su esfuerzo durante tantos años no hubiese servido para nada.

Y... ¿Qué le queda a un hombre cuando le arrebatan sus esperanzas? T
QUEL ANTOLÍN 2 Finalmente, terminó de beberse el vaso y se levantó de su mesa, indicándole a la camarera que dejaba su dinero y propina sobre el plato. Su propósito era relajarse, y no estaba funcionando.

Necesitaba ver a su madre, aunque no quisiera, era lo que debía hacer. Le horrorizaba pensar en qué estado la vería, si seguiría rebosando alegría, o si en cambio tendría ese aspecto inexpresable con el que enseguida sabes que lo peor está de camino. Pero aún más, temía que ella se muriese sola, y que él, su único hijo, su familia más cercana, no estuviese con ella. Debía olvidarse de sus problemas y apartarlos, porque ahora tenía otra prioridad.

Llevaba todo el día enfadado consigo mismo, maldiciéndose por no saber cómo concentrarse en nada útil que hacer; negándose a ir al hospital, como si aquello fuese a cambiar algo. La imponente fachada del edificio le devolvió a la realidad.

No, nada había cambiado. El mundo seguía en marcha.

En el ascensor, se detuvo de cara al espejo, viéndose la cara por primera vez aquel día. Su reflejo era el de un hombre agotado, con ojeras, y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Trató de disimularlo, pero iba a ser difícil. Le aliviaba pensar que, seguramente, su madre no sería capaz de apreciar la diferencia.

Sonrió amargamente a su reflejo. Sí, menudo alivio.

Su apariencia siempre había sido algo intimidante. Alto, moreno, ojos verdes, y una marcada musculatura bien trabajada en el gimnasio. Su trabajo siempre se lo había requerido.

No, mentira. El ejercicio le relajaba.

Tenía el pelo revuelto y grasiento, pidiendo a gritos un poquito de atención. Lo peinó como pudo con la mano, hasta que una señorita anunció que por fin había llegado a su planta.

Su madre estaba en una habitación individual, con una ventana con vistas al aparcamiento. Junto a ella seguían las flores que él mismo la llevó unos días antes. No había nadie más con ella, lo cual le hizo sentirse incluso peor consigo mismo.

Era una madre soltera. Su padre les abandonó antes de que él naciera. Desde entonces, había tenido que luchar muy duro para salir adelante, llegando a compaginar varios trabajos sólo para llegar a fin de mes. Le sobraban razones por las que admirarla; siempre había sido una luchadora. Sin embargo, la batalla contra el cáncer estaba resultando ser la peor de todas.

—Sean...— se la oyó susurrar, girándose para mirarle. Se preguntaba si lo habría oído entrar, o era aquella colonia que ella le regaló la que le avisó de su presencia. Él la devolvió la sonrisa.

—No esperaba encontrarte despierta— le fue difícil contener las emociones cuando la vio tan pálida, tan débil, desvaneciéndose frente a sus ojos.

Se acercó junto a la cama, notándose el corazón latir desbocado.

Cuando estaba nervioso, o preocupado, le salían úlceras por la boca. No conocía el motivo, pero en aquel momento tenía dos, una a cada lado. Eso, por no contar que estaba saliendo de una gripe que casi consigue retenerle en la cama.

Por eso, se limitó a sujetar la mano de su madre, incapaz de besarla.

Sabía que ella podía sentirle, y eso bastaba. Apenas hablaba, ya ni se movía, pero su mirada seguía fija en él cada vez que se acercaba. Y allí aún quedaba vida.

—Es una pena que no te dejen salir de aquí— susurró- me encantaría... me encantaría poder llevarte conmigo al teatro. O al parque, como hacíamos antes. O un paseo en barca, me... me encantan.

Sean suspiró, incapaz de prolongar aquella conversación con el silencio, y aproximó una silla junto a la cama. Ya no era un chaval, llevaba años viviendo solo y viajando por el mundo gracias a su trabajo, aquel que acababa de perder. Sin embargo, su madre seguía siendo la persona más importante de su vida, su héroe. Y sabía que si la perdía a ella, ya no le quedaría nada.

Por más que intentaba no pensarlo, no podía. Si había algo que agradecer, algo bueno que aún siguiera haciéndole sentir especial, esa era su madre. Ella era la fuerte, no él. A pesar de que todo el mundo pensara lo contrario.

Él era el luchador. Se había dedicado a la lucha libre durante seis años, y habían sido los mejores de su vida. Sin embargo una estúpida e inoportuna enfermedad del corazón le había apartado de los cuadriláteros para siempre, dejándole desalmado. Sí, esa es la palabra correcta. Desalmado. Su alma seguía perdida luchando en algún lugar del mundo.

Y allí estaba su madre. Ella sí era valiente, y fuerte. Nunca se había detenido ante nada, ni el hambre, ni la miseria, ni el cáncer.

Sabía que se estaba muriendo, ¿Y qué hacía ella? Sonreír. Sean tuvo que levantarse y salir al pasillo a coger aire. En el momento en que lo hizo, sus pulmones parecieron hacerse añicos, y toda su fortaleza con ellos. Impregnado de impotencia, rompió a llorar. Trató de cubrirse los ojos con la mano, furioso consigo mismo, pero una enfermera ya le había visto y acudió casi al instante junto a él.

—¿Va todo bien, señor?

—No, no va bien- respondió, tembloroso- Nada va bien.

¿Qué clase de pregunta es esa? Mi madre está ahí dentro, se me va, está marchitándose delante de mí. ¿Y sabe lo que está haciendo? Ella me mira, y... y me sonríe. ¿Sabe lo duro que es eso? ¿Sabe lo duro que es quererle sonreír a alguien cuando lo único que te apetece es romper a llorar? Sean se pasó el resto de la noche junto a la cama, sujetándose la frente con ambas manos. No pudo pegar ojo. Su cabeza no dejaba de darle vueltas a

todo. La misma enfermera de aquella tarde volvió con una pastilla, le dijo que le ayudaría a descansar. No lo hizo.

Con los primeros rayos del día, su madre terminó por desvanecerse.

Lo sintió, tenía su mano firmemente sujeta, y de pronto, como en una caricia, ella le soltó.

Sean levantó la mirada muy despacio, agotado, deteniéndose antes de visualizarla. No quería verla, porque no quería saber lo que había allí. Quería recordarla sonriendo.

De nuevo, tocaba enfrentarse al devastador silencio.

Y entonces recordó que ni siquiera fue capaz de darla un último beso.

Abandonar el hospital fue incluso más difícil que llegar a él.

Pronto vendría el resto de la familia, tendrían que preparar el funeral, tendrían... .. no estaba preparado para todo eso.

Tampoco se detuvo a mirar al espejo del ascensor, no quería verse, no quería mirar a aquellos ojos negros enrojecidos, que le recordaban toda su miseria.

Se sentía atrapado en un túnel, una falsa realidad que alguna retorcida mente le estaba obligando a vivir. No, nada de aquello podía ser real. El destino no podía odiarle tanto. Nadie se atrevió a detenerle. Caminó, con toda su atención perdida en sus zapatos. Y hasta ellos le traían a la mente recuerdos que ahora se presentaban amargos.

Ya en la calle, su camino se cruzó con el de un grupo de chavales con mochilas que debían estar dirigiéndose al instituto.

Su conversación le resultaba distante, como si en realidad estuvieran mucho más lejos, cuando apenas les separaban unos metros. De hecho, cualquier sonido a su alrededor pasaba desapercibido, como en un filtro. Sentía que ya no estaba allí.

—¡Putá! ¡Cuatro ojos! ¿Es que no piensas darme un besito? Las risotadas consiguieron traerle momentáneamente a la realidad.

El grupo de estudiantes iban mofándose de una muchacha que caminaba por delante de ellos. Iba sola, con el cuello encogido, dando grandes zancadas para tratar de perderlos de vista lo más pronto posible.

Muy poco después, uno de los jóvenes la puso la zancadilla.

La chica tropezó y se cayó de bruces en medio de la acera. El resto de chicos se rieron.

—¡Joder, mora, ten más cuidado! ¿No te da vergüenza? A saber el dinero que tu mamaíta se gasta en esas horribles gafotas, ¡Para que tú sigas siendo una torpe de mierda! — El chico, que debía ser el cabecilla de su grupo, pareció tener una genialidad cuando miró hacia los cubos de basura. Se llevó las manos al cuello de su chupa de cuero, estirándolo, y caminó con aires de gallito hacia los contenedores, apartó la tapa de uno, rasgó la bolsa de basura que extrajo de su interior y lo volcó sobre la muchacha que seguía tirada en el suelo, tratando de huir de su vergüenza.

—Joder, hay que ver cómo huele la bollera... no te habrás cagado encima, ¿eh? Sean acabó por alcanzarlos, deteniéndose inconscientemente a su lado. No podía pasar de largo sin más.

—¿Tienes algún problema?- sus ojos chocaron frente a frente con los del matón, harto de aquel numerito. El muchacho le devolvió una mirada desafiante.

La cara de gallito se le fue borrando poco a poco cuando se dio cuenta de las pocas posibilidades que tendría si se enfrentaba a él. No poseía ni la altura ni la complexión necesaria para plantarle batalla. En silencio, todo el grupo se apartaron y siguieron por su camino, no sin antes lanzar una última mirada de superioridad a la chica que aún yacía tembloroso en el suelo. Sean no les perdió de vista, asegurándose de que seguían alejándose de ellos mientras ayudaba a la chica a levantarse. Al hacerlo pudo verle un moratón en el cuello. Inmediatamente, ésta evitó asustada el contacto con sus manos. ¿Tendría más heridas en los brazos?

—¿Te han pegado esos chicos? — preguntó, tratando de atar cabos.

—Estoy bien— La joven se recolocó las gafas, cargó su mochila sobre los hombros, y trató de levantarse con la poca dignidad que la quedaba. Llevaba la ropa manchada, pero aquella parecía ser la menor de sus preocupaciones.

Miraba de reojo a Sean, cabizbaja. Tal vez ella también se sentía intimidada por su aspecto, pero finalmente reaccionó. Al fin y al cabo, él era quien la había salvado.

—Gracias- susurró con nerviosismo, aún sin atreverse a mirarle a los ojos— De no ser por ti...

—No ha sido nada— Sean trató de esquivarla y volver a su camino. Lo último que necesitaba era oír un bonito mensaje de agradecimiento de aquella muchacha. No estaba de humor.

La chica se quedó escuchando el sonido de sus pasos alejarse, posando sus ojos lentamente por cada una de las baldosas que había dejado atrás, hasta que por fin se atrevió a alzarlos, alcanzando a ver la espalda de su salvador.

—Pero sí lo ha sido— susurró. Sabía perfectamente que si aquel hombre no hubiese aparecido, ella aún seguiría en el suelo, soportando todo tipo de agresiones. Sean suspiró y se detuvo.

Parece que la distancia entre ambos no había sido suficiente para no oírla hablar. La chica volvió a bajar la mirada, temblorosa, con un tic en el cuello, consciente de que aquel intimidante hombre la estaba escuchando— Cuando alguien te ayuda, es como si... no sé, te entran ganas de poder devolver el favor, ¿Sabe? Ayudar a alguien más...

—Descuida, pero no creo que puedas ayudarme— Sean se volvió para mirar a la chica, sólo por cortesía, esperando que aquella respuesta le sirviese para dejarle marchar.

Pero aquella muchacha era de las que insistían. Tal vez, por miedo a volver a quedarse sola.

O tal vez, porque detrás de aquella muralla de pánico tras la cual vivía, se escondía una joven charlatana y amistosa, de las que se sienten realizadas con tan solo ayudar a los demás.

Una de esas personas difíciles de encontrar. La joven hizo acopio de valor y esbozó una temblorosa sonrisa.

—Venga, no creo que su día sea tan malo como el mío... Sean se mordió el labio, a pesar de sus heridas. Y sintió un hormigueo por todo su cuerpo, como cuando alguien te recuerda algo que no quieres recordar.

Sin saberlo, aquella débil y temblorosa muchacha acababa de darle en su mayor debilidad, a él, que parecía indestructible.

Parpadeó. Ese gesto le bastaba para conservar las apariencias.

—Acabo de perder a mi madre.

La chica enmudeció, adoptando un semblante más serio.

—Lo siento... no esperaba...- nerviosa, temiendo haberle podido enfadar, reparó en un rallón en el cristal de sus gafas y se las quitó de inmediato,

tratando de limpiarlo con la manga de su jersey, como si aquello fuese a servir de algo.

—No intento decir que el tuyo no sea un mal día, es sólo que...—Sean levantó la mirada hacia ella. Era una mirada desoladora, vacía, derrotada. Por primera vez, los ojos de ambos lograron conectar, aunque brevemente, ya que la muchacha enseguida volvió a centrarse en sus gafas. «Tú estás rota, y no puedo ayudarte más de lo que ya lo he hecho.» pensó. «Y yo... soy yo el que ahora mismo necesitaría ayuda, pero ya no hay nadie ahí para mí, así que...» Intentó dibujar una sonrisa de frustración, para contener así las lágrimas que empezaban a brillar en sus ojos.

No había pretendido aquel encuentro, sólo quería llegar a casa y desahogarse, lo último que necesitaba era otra persona con problemas en su vida.

—Lo siento— repitió la chica— Debí darme cuenta de que estabas tan destrozado como yo. Soy una bocazas... —Negó con la cabeza, ante la mirada vacía de Sean. ¿Tan destrozada como él? Ver el estado lamentable en el que se encontraba la joven le hizo plantearse quién de los dos sería el que lo estaba pasando peor.

Aquello pareció golpearle como si una bala le acabase de atravesar la cabeza. Su vida no había sido constante miseria, sólo estaba pasando por una mala racha. Esa chica, sin embargo, seguramente no había hecho nada para merecerlo, y allí estaba, cubierta de mierda y cicatrices hasta en lo más profundo. Era evidente que solo uno de los dos seguía intentando seguir adelante y no hundirse en sus miserias. La chica pareció seguir el hilo de sus pensamientos, ya que por primera vez, logró sonreírle sin que le temblasen los labios —...dicen que se me da bien escuchar. Tú QUEL ANTOLÍN 8 pareces necesitarlo— Y ella parecía estar desesperada por salir de allí. Ambos lo estaban.

Era increíble que una chica tan escuálida y temblorosa como aquella fuese capaz de ver las cosas con más claridad que alguien como él, que a pesar de doblarla la edad, de multiplicar su peso, no había sido capaz de asimilar.

Cada persona que pasaba junto a ellos les hacía sentir diminutos, como si sus vidas careciesen de sentido. Por un instante, sus miradas estaban conectadas. Eran totalmente opuestos, pero tenían algo en común, algo que silenciosamente les llamaba y empujaba. Al fin y al cabo, el destino había cruzado sus caminos.

Literalmente.

Lo que pasó después, sin embargo, no fue cosa del destino.

Juntos habían llegado a la cafetería, Sean la había invitado. La chica se había presentado como Fawn, era estudiante, y aún vivía con sus padres, aunque, típico en aquella edad, discutían bastante.

—Mi sueño siempre fue ser un wrestler— comenzó Sean, imaginándose los gritos del público en su cabeza, logrando hacer que sustituyeran por completo al bullicio del lugar— Recuerdo que, aún siendo chaval, se lo conté a mi madre. La mayoría quieren ser policías, o futbolistas...

—¿Y qué te dijo? — Fawn se inclinó sobre la mesa, mostrando su interés. Sean la sonrió halagado. Empezaba a creerse que en aquella muchacha no había maldad, que todo lo que decía y hacía era pura sinceridad y modestia, y eso le entusiasmaba.

—Me dijo que si eso era lo que quería, que fuese a por ello— repitió las palabras, emocionado, como si hubiese sido ayer mismo cuando su madre las pronunció. Por primera vez, no le dolió pensar en ella, al contrario. Se sentía orgulloso de poder recordar aquellos momentos tan especiales en voz alta, bajo la atenta mirada de Fawn— Era una locura, pero aun así, ella me apoyó. Y... cuando lo conseguí... la invité al primer espectáculo en el que participé. Estaba allí, en primera fila, viéndome... recuerdo esa cara porque creo que jamás la había visto tan feliz, tan orgullosa de mí.

Apretó los labios con frustración. Fawn se mantuvo en silencio, esperando a que continuara.

—Pero ya no puedo volver a luchar. Mi madre decía que nací con un corazón pequeño, pero que con ejercicio, no me impediría hacer una vida normal. Ahora resulta que me ha apartado de lo que más quiero en el mundo, de mi única adicción, la lucha.- miró fijamente a Fawn, pensativo. Él nunca hablaba de su vida privada, sin embargo, necesitaba desesperadamente desahogarse, y aquella casi desconocida parecía una buena forma de empezar. Se sentía comprendido, y eso le gustaba. — ¿Cuál es tu mayor miedo? Fawn seguía cautivada y entristecida por su historia, pero reaccionó a tiempo.

—La muerte, sin duda— admitió al momento.

—El mío es convertirme en un fracasado. Ser... invisible.

Pensar que todo mi trabajo y mi esfuerzo no han servido para nada, que he perdido el tiempo. — Necesitaba el éxito tanto como el aire.

Y daría la vida por ese aire.

Fawn conocía ese sentimiento, acostumbraba a pensar que nada en su vida tenía valor. Sin embargo, estaba mostrando una madurez muy superior a su edad, permaneciendo en silencio, escuchándole atentamente, hasta que sabía que había llegado su momento de intervenir.

—Bueno, no negaré que en eso también tengo experiencia— admitió con una sonrisa nerviosa— En lo de ser invisible, y algo fracasada. Verás, soy buena con los estudios, pero... apenas tengo amigos. La gente cree que soy una friki. Tampoco me sentiría ofendida si eso fuera todo. Pero no lo es. Me... escupen. Me insultan— se llevó disimuladamente una mano al cuello, tapándose el moratón. La avergonzaba terriblemente confesar aquello en voz alta, pero necesitaba confesarle su dolor a alguien, y aquel desconocido... como dije antes, parecía una buena forma de empezar.

Sean supo que había llegado la hora de escuchar su historia, se lo debía. La chica asintió al ver que esperaba que continuase — Me encantaría que mis padres pudieran sentirse orgullosos de mí. ¿Pero quién puede estar orgulloso de alguien así?

—Yo lo estaría—Sean la sonrió, por primera vez en todo el día. Lo hizo sin darse cuenta, le salió sin planearlo— Eres mil veces mejor que cualquiera de esos chicos, no dejes que nadie te haga pensar lo contrario. Hablas desde el dolor pero aún así tienes fuerzas para escucharme y aconsejarme. Tienes más valor que ninguno de ellos, chica, no lo dudes un instante. Sé quien eres, porque para mí no eres ninguna perdedora. — QUEL ANTOLÍN 10 Fawn sintió una oleada de emociones por dentro, mientras sus ojos se iban llenando de lágrimas. Jamás nadie la había dicho nada parecido.

Ambos se miraron en silencio, agradeciéndose mutuamente por aquel encuentro. Sabían que habían dejado su huella en la vida del otro, y eso les hizo reír como dos tontos.

Mientras, Ellie Goulding cantaba de fondo en la radio. Su voz fue lo único capaz de detenerlos.

And God knows, I'm not dying but I breathe now.

And God knows, It's the only way to heal now.

Sean se sentía atrapado en una realidad pasajera, acababa de perder a su ser más querido, y sin embargo, allí estaba, ayudando sin saber cómo ni por qué a una muchacha que el destino había querido cruzar en su camino, precisamente entonces.

Nunca antes lo había pensado, pero tal vez en eso consiste el destino; Un

tropiezo fortuito con la esperanza, cuando lo dabas todo por perdido.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

Había crecido odiándose a sí misma, y ahí yacía su peor enemigo.

De las pocas cosas que compartía con el resto de adolescentes, destacaba sin duda su alergia al instituto. No sólo por madrugar, que era la razón más obvia, sino también por estudiar. Existe la inexplicable leyenda urbana que dice que a los chicos formales les gusta estudiar. Falso. Es lo que suelen pensar la gente opuesta a ellos, los populares, los que se creen por encima de cualquier persona preocupada por sacar adelante sus años en el instituto.

Y de esos, aquí hay índice de superpoblación.

Fawn lo sabe, porque ellos son la principal razón por la que odia todos y cada uno de los segundos que pasa en el instituto o sus alrededores. También son la razón por la que tiene miedo a salir de casa.

Recorre el pasillo a toda velocidad, con los brazos hundidos en sus libros y la cabeza agachada, intentando llegar a la taquilla en un tiempo record, sin que nadie note su presencia. A veces parece que alguien la aleja cada día un poco más, o tal vez es el camino el que se vuelve más difícil.

No recuerda cuándo comenzaron las agresiones.

Prácticamente, toda su vida la ha vivido a la sombra del miedo, a la espera de alguien que aparezca gritándole y humillándole. Nunca se ha tenido en mucha estima, por lo que tampoco esperaba que la vida la tratase mejor.

Abrió la puerta y depositó sus libros dentro, apresurándose a buscar el de dibujo técnico mientras controlaba por el rabillo del ojo que nadie se acercara.

Ya había oído las risas de gente a quien conocía demasiado bien, y esperaba que al menos no se hubiesen percatado de que ella estaba allí. Ya recibió bastante el día anterior. Podían seguir con su divertidísima conversación y pasar de largo.

Pero no lo hicieron.

Uno de los chicos frenó silenciosamente al pasar por su lado y le señaló a sus espaldas, sonriendo a sus amigos. Él era el cabecilla del grupo que la

tarde anterior le pegaron en medio de la calle.

Parecía creer que su nivel de popularidad se medía por la cantidad de veces diarias en las que humillaba al resto. Y Fawn era, sin duda, su juguete favorito.

La puerta de la taquilla sonó como un disparo, y aún se quedó varios segundos temblorosa después de que la cabeza de Fawn golpease contra ella.

Todos los amigos del chico empezaron a reír, le insultaban cosas que no llegaba a atender. Se sentía aturdida, veía doble, y para colmo, algo rojo estaba empezando a llenarle los ojos. Su cabeza sangraba.

Poco después el grupo se alejó, dejándole desorientado y dolorido mientras se escurría hasta el suelo, ocultando lentamente la cabeza entre las rodillas, por si volvían.

¿Acaso había hecho algo para provocarles? No. Pero así eran todos los días.

Por suerte, aún había algo bueno en esos pasillos, un aroma peculiar que aturdió todos sus sentidos y no por lo mucho que le gustaba el olor en sí, sino por la persona que lo desprendía.

Unas pisadas se detuvieron a su lado, y el joven acudió tímidamente a ayudarla.

—¿Estás bien? — Fawn se estremeció al oír su profunda voz.

Kaleb. El chico del que llevaba colgada desde que tenía uso de razón.

Negó con la cabeza, avergonzándose de que él tuviera que verla en aquel estado, y fingió no darse cuenta de cómo el joven la ofrecía su mano para ayudarla a levantarse.

Kaleb era alegre y optimista, amigo de casi todo el mundo. Si alguna vez has imaginado cómo debería ser la sonrisa de un ángel, seguramente se parecería mucho a la suya. Porque de poderse comparar con algo, Kaleb sería precisamente eso. Un ángel llegado de un futuro donde no existen ni el miedo ni el dolor.

Sin embargo, ahora permanecía serio, mirándole con preocupación a través de sus preciosos ojos castaños.

—No deberías dejar que te peguen — Kaleb intentó levantarla, pero Fawn se apartó con desprecio. Lo último que quería era que sintiese lástima por

ella.

—¿En serio? Gracias, la próxima vez lo tendré en cuenta— El chico se apartó, cohibido por su respuesta. Probablemente se arrepentía de haberla ayudado. Y ella, al verlo, se maldijo por haber respondido aquello.

—Lo siento...

—No importa— respondió Kaleb rápidamente, recogiendo su mochila y alejándose de allí.

«Genial» — pensó Fawn — «Para alguien que se atreve a hablarme, voy y lo espanto».

Resignada a ir a pasar por otro de los peores días de su vida, se puso lentamente en pie y se dirigió a la primera de seis largas y tortuosas clases. Las dos primeras las dedicó en su mayor parte a pensar cómo podía haber sido el encuentro con Kaleb de no haberlo estropeado todo. Era una estúpida y masoquista manía que tenía, tratar de revivir momentos que desearía hubiesen salido de otro modo. Él era perfecto, adorable, simpático y atento, se había atrevido a ayudarla cuando posiblemente los matones aún seguían caminando por ese mismo pasillo, y ella no había sido capaz de aceptar su ayuda. Claro que tal vez, era lo mejor. Si se hicieran amigos, Kaleb se convertiría en un daño colateral. No podría soportar que todo el daño que ella estaba sufriendo se lo hiciesen pasar también a él.

Eso sería peor que la muerte. Así que se quedó encerrada en su mundo interior, dibujando círculos en su cuaderno, mientras recordaba su resplandeciente sonrisa y se imaginaba manteniendo una conversación con él que durase más de cinco minutos. Después irían juntos a clase, él la invitaría a tomar algo cuando acabasen, y...

—¡McKenzie! El siguiente —El grito del profesor logró devolverla inmediatamente a la realidad. Maldición. Tenía que corregir un ejercicio y no tenía ni idea de por dónde empezar. Otro bonito recuerdo de aquel maravilloso día que plasmar en su diario cuando volviese a casa.

Alguien, como si no estuviera ya bastante nerviosa con la situación, aprovechó para tirarla una bola de papel a la cabeza.

—¡Eh, McKenzie! ¡Bonita camiseta! ¿Te la ha prestado tu madre? Y una vez más, allí estaba aquel coro infernal de risitas. A veces, cuando tenía la mente más clara y no sentía la presión del grupo, se preguntaba cómo podían reírse de todo con semejante sincronización. Una persona normal se ríe de lo que a él le hace gracia, pero ellos trabajaban siempre en manada, hablaban a la vez, usaban su falsa risa de hienas a la vez...

posiblemente incluso se tirasen pedos a la vez. Imaginárseles como una panda de autómatas sin vida propia era una forma de intentar olvidar cuánto le incomodaba su presencia.

Pero no siempre funcionaba.

Patrick era siempre el cabeza de grupo. Él empezaba los chistes, y todos los demás se los reían. Él compraba una cazadora, y todos los demás deseaban tener una igual. Él se tiraba un pedo... También tenía una novia, Holly. Obvio, todos los chicos guapos tienen una. La pobre carecía tanto de personalidad que no debía darse cuenta de que ser guapo no es excusa para tener que soportar a semejante gilipollas. Como si no tuviera bastantes problemas ya.

Todos sabían que Holly era anoréxica. Llevaba todo el curso perdiendo peso a un ritmo alarmante, pero ahora era más que evidente su enfermedad. Fawn evitaba mirarla en todo momento por miedo a que Patrick se lo tomara como una excusa para pegarle, pero en verano era incluso peor. Aquellas camisetas de tirantes marcaban casi todos sus huesos, haciendo que pareciera un cadáver andante. Por si esto fuera poco, su tez era pálida, y solía vestir de negro, sin llegar a gótica, aunque a veces lo pareciera. Patrick no parecía quererla de verdad. Tal vez sólo era una chica trofeo que le hacía ilusión ir luciendo del brazo. Al igual que esos músculos de los que tanto presumía. En los brazos. En el abdomen. El cerebro, sin embargo, no parecía haberse desarrollado al mismo ritmo.

Y ya que estamos con las presentaciones... Fawn no era una chica fea, al contrario. En realidad, sería imposible definir qué es fealdad, ya que cada cual aprecia la belleza de un modo diferente.

Pero cuando se miraba al espejo, no era capaz de verlo. Ni ella, ni nadie. Se había escondido detrás de una coraza que la impedía aceptar todo lo bueno que había debajo.

De vuelta a casa, ocupó el primer asiento en el bus. Al fondo solían ir siempre los alborotadores, y por el medio sabía que podía ser víctima de muchas miradas y burlas. Los asientos más cercanos al conductor eran el lugar más seguro. Aunque muchas veces, ni eso la protegía.

El conductor siempre seguía su camino impasible, oyera lo que oyera. Era un testigo pasivo.

Por suerte, su mañana de mala suerte estaba a punto de acabar.

Fawn iba acurrucada contra la ventana, consciente de que desearía estar allí afuera, lejos del autobús en el que tantas otras bromas macabras había tenido que soportar. Y en esa calle, caminando hacia un destino

desconocido, reconoció a su salvador de la tarde pasada. Aquel hombre cuyo valor jamás podría olvidar.

Se reincorporó de inmediato, como si alguien le hubiera pinchado en el culo.

Algo que, por cierto, ya había sucedido antes.

—¡Pare! Pare aquí, por favor, he recordado que debo hacer algo.

—¿Seguro, chica? Aún estás lejos de casa.

Su forma de andar, incluso apenas veinticuatro horas después de perder a su madre, seguía lanzando un potente mensaje.

Voy a comerme el mundo.

Fawn sonrió, más para sí misma que para el conductor, aunque éste pareció interpretarlo como una respuesta y casi de inmediato la abrió la puerta.

—No quiero problemas con tu madre si te pasa algo, ¿De acuerdo? Aquel comentario no se lo habría hecho a cualquier estudiante, y Fawn lo sabía bien. Conocía el motivo por el cual el conductor la lanzaba aquella advertencia. Él siempre era un testigo pasivo.

«Tranquilo» —Quiso decirle —«Los que me dan miedo no están ahí afuera».

Corrió a toda velocidad hasta el paso de cebra, impaciente, esperando a que el semáforo cambiase de color. Sean aún no la había visto.

Parecía dirigirse al puesto de prensa. Se le imaginó como uno de esos hombres tranquilos que acostumbran a leer el periódico en alguna terraza mientras disfrutan de un café bien caliente. No pudo calarle mejor.

Miró rápidamente a ambos lados de la carretera, impaciente, hasta que por fin oyó el pitido que indicaba el paso a los peatones. Le hubiera gustado gritar su nombre, pero no quería intimidarle asaltándole por la calle. Tal vez, si forzaba un encuentro casual... Pero no hizo falta. Sean se había detenido frente a un inmenso e impoluto escaparate donde la cara de la muchacha salía reflejada con tanta claridad como si ella misma fuese el maniquí que lucía alguno de esos conjuntos deportivos.

—¿Fawn? —Sean se giró hacia ella, sorprendido de verla. La chica sonrió con timidez al sentirse descubierta. Sin embargo, la sensación de incomodidad duró poco. Aquel hombre seguía siendo tan encantador como lo recordaba y su compañía la hacía sentir...bien. Eso era mejor de lo que

había estado en todo el día.

—Vaya, que casualidad. ¿Ibas ya para casa? Yo acabo de salir de la mía... hoy tampoco ha habido suerte buscando empleo. El mundo está hecho una mierda últimamente, ¿Sabes?

—Creo que puedo hacerme a la idea —bromeó ella, sorprendiéndose a sí misma por la rapidez con la que había sentido el abrigo y la calidez de aquella conversación. La estaba necesitando—. Entonces... ¿Vas a tomar algo? ¿Puedo acompañarte?

—¡Claro! Ya llevo todo el día solo, y créeme, hablarle a mi gato no es lo mismo. Aunque a veces tengo la impresión de que es capaz de reconocer mi estado de ánimo. Anoche, por ejemplo, se vino a dormir a mi cama. Es como si intuyera que necesitaba compañía...

Fawn le hubiera preguntado qué tal estaba, pero sintió que tal vez estaba invadiendo una parte de su vida a la que aún no había sido invitada a entrar. Simplemente, le escuchó como sólo ella sabía hacer, y sonrió cuando terminó. Esperaba que aquello le sirviera.

Juntos se dirigieron a El Joker, elección que sin duda había corrido por cuenta de Sean. El bar hacía esquina entre dos de las calles más transitadas de toda la ciudad, por estar repletas de tiendas y edificios espectaculares. Que ambos fuesen unos solitarios no hacía que compartieran gustos. Sean disfrutaba de la compañía de otras personas, su compañera prefería la más estricta soledad.

De hecho, Fawn fue quien eligió la mesa, y se sentó en la más apartada. Sean no tardó en regresar con un par de cafés, que depositó con una de sus cálidas sonrisas en los labios. Él los había pagado, y no iba a merecer la pena esforzarse por intentar hacerle cambiar de idea.

—¿Quieres algo más? —susurró, como quien lleva una eternidad esperando para decirlo. Sabía que Fawn no estaba allí por casualidad. Necesitaba hablar tanto como él necesitaba un poco de compañía para distraerse.

—Nada. Gracias —Fawn hizo una incómoda pausa entre palabras. Se moría de ganas por contárselo todo, por describirle cómo se sentía y cuánto deseaba que todo fuese diferente, pero la avergonzaba abrirse así con él. Nunca resulta agradable contarles a los demás que te han humillado, bien por vergüenza, o por temor a cómo te mirarán después. Y pese a todo sobran las explicaciones pues Sean estuvo allí la tarde anterior, sabía lo que había, así que nada de lo que le contara le iba a pillar por sorpresa. Entonces... ¿Por qué no se lo preguntaba directamente? Sean intercambió una breve mirada con ella, como si

estuviera escuchándola pensar.

—Conocí a un hombre que también empezaba sus conversaciones con «Nada». Solía mostrarse triste, y era fácil ver cuando estaba preocupado. Pero yo sabía que odiaba que le preguntasen qué es lo que le pasaba, así que aunque me importaba nunca lo hacía; siempre esperaba a que fuera él quien decidiera compartirlo conmigo en el momento adecuado. A veces hay que saber actuar no sólo según nuestros deseos, sino también en el lugar de los demás.

—Es lo mismo que haces conmigo, ¿No? Nunca me preguntas, porque sabes que tarde o temprano necesitaré desahogarme, y... bueno, el único que va a estar ahí eres tú.

—Si, y no. Nunca se está del todo sola, Fawn. Siempre hay otras formas de desahogarse...

—Espera, ¿Ahora es cuando tratas de convencerme de que hay un Dios velando por mí? Sean sonrió divertido ante su repentina reacción.

—En realidad, hablaba de ti. Tú eres la única dueña de tu vida, y como tal, creo que deberías ser capaz de encontrar la manera de desahogarte sin la ayuda de nadie. Caray, empiezo a sonar como un predicador... ¿Quieres que te enseñe cual es la mía?

—Por favor —Fawn le sonrió tímidamente, aún desorientada por lo profundas que eran siempre sus charlas. ¿Seguro que estaba tomando un café con un ex-luchador, y no con un psicólogo? Sean había sacado el móvil y parecía estar buscando algo para enseñarla. Se moría de ganas por saber qué era aquello capaz de hacer que un hombre tan intenso se desahogara, y esperaba con ferviente terror que las drogas o el vandalismo no estuvieran implicados. Al fin y al cabo, ¿Le conocía? Apenas confiaba en sus conocidos, y sin embargo allí estaba, con su nuevo, secreto y misterioso amigo. Si es que acaso lo eran.

Enseguida empezó a oír gritos, cánticos de cientos de voces coreando un nombre. Sean le pasó el móvil para que pudiese ver el video que se reproducía en la pantalla.

Allí estaba él. Estaba enfrentándose a otro luchador que prácticamente le doblaba en peso y altura, aunque no se mostró intimidado ni por un momento. Ahora lo comprendía todo.

La gente coreaba su nombre. Aquello era lo que le llenaba de fuerzas, de optimismo. Ellos le quitaban el miedo hacia aquel monstruo de más de doscientos kilos. Lo que le golpeaban no eran sus puños, sino su rabia. Y lo que le resbalaba por la frente era algo más que sudor, era sangre, era

su alma fundiéndose con su piel.

La lucha era su medicina. Su anestesia. Su droga. Su vía de escape con todo lo que pasaba fuera de ese ring.

Su conversación transcurrió con calma mientras terminaban lo que les quedaba del café y se disponían a marcharse. No tenía ni idea de la hora, y temía que su madre hubiera empezado a preguntarse dónde estaba, así que decidió mandarla un mensaje. A pesar de ser el típico y clásico modelo de madre, las tecnologías no se la daban del todo mal. Al menos controlaba el nivel básico, y leer un SMS entraba dentro de sus conocimientos.

Algo más relajada sabiendo que ella no andaría llamando a la policía para que salgan a buscarla, volvió junto a Sean.

El chico estaba nuevamente sumergido en sus pensamientos y con la mirada perdida, ajeno al interés que la camarera parecía haber puesto en él desde el momento en que entraron.

—¿Puedo preguntarte algo? —La voz de Fawn sonó excesivamente tímida, como si la costase arriesgarse a ser quien iniciara una conversación. Sean sin embargo había salido de su aturdimiento y ahora la miraba con atención, sonriendo.

—Adelante

—...¿Quién era ese hombre del que me has hablado? El que nunca decía lo que le pasaba... Sean soltó una pequeña risotada, que para un rostro tan intimidante como el suyo, quedó incluso adorable.

—Era mi padre Fawn le miró perpleja. No se lo esperaba.

—¿Sabes lo que suele decir mi padre? Bueno, al menos antes lo decía mucho. «Tienes una cara hecha para una sonrisa».

Sean la devolvió nuevamente aquella sonrisa suya tan sincera, sintiéndolo como un cumplido.

—Es una buena frase.

—Sí que lo es —admitió Fawn, bajando la mirada algo ruborizada. Pero entonces Sean soltó una sonora carcajada y se levantó de su sitio para sacudirla por los hombros, obligándola a reír con él.

Aquel momento de reconciliación con el mundo les duró poco. Un sonido surgió de la nada y se abrió paso por todo el local, cortando el aire y silenciando al instante a todos los presentes que unánimemente

contuvieron el aliento.

Un disparo.